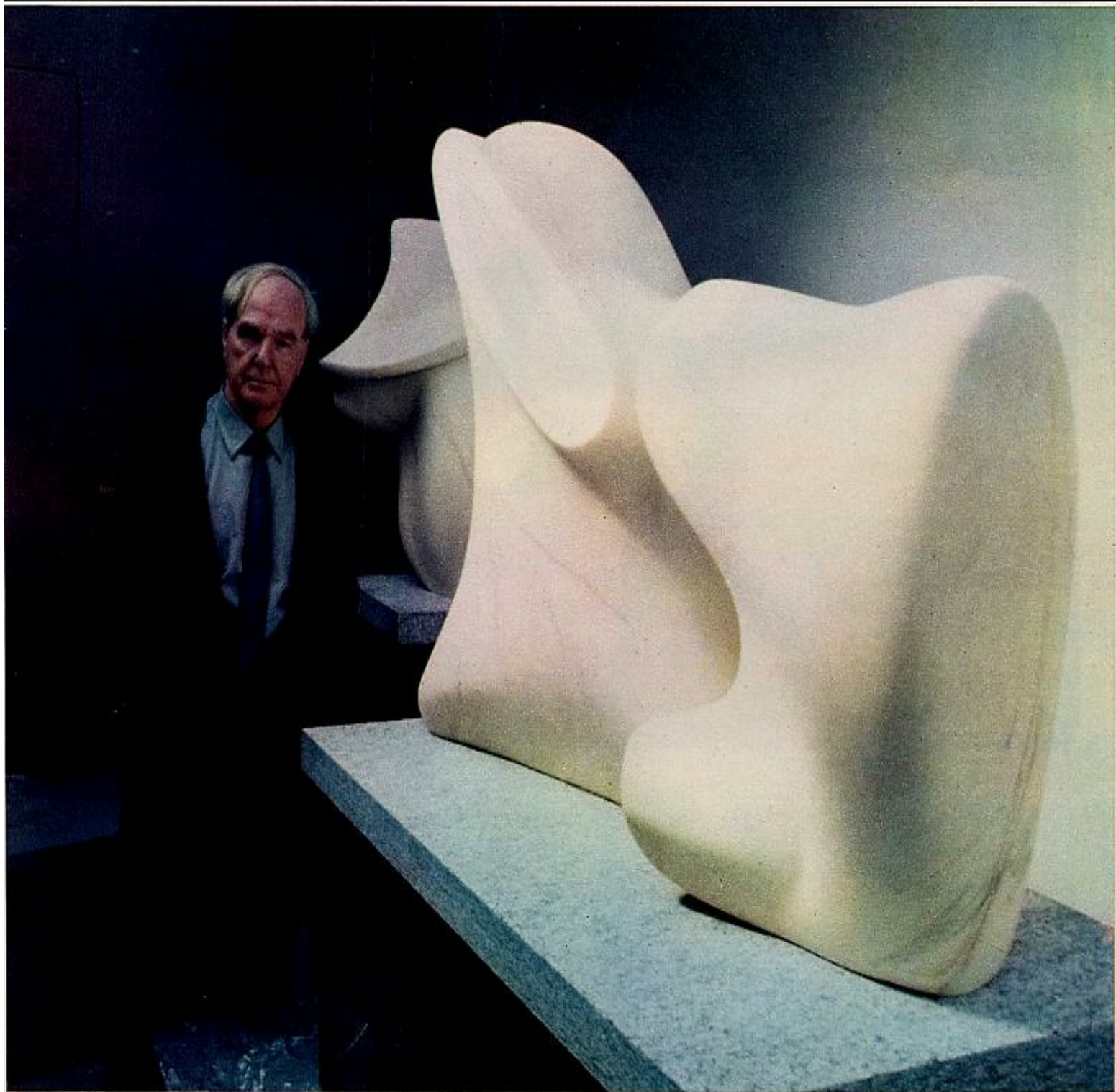


# HENRY MOORE

ENTRE LA FISIOLOGIA Y LA GEOLOGIA

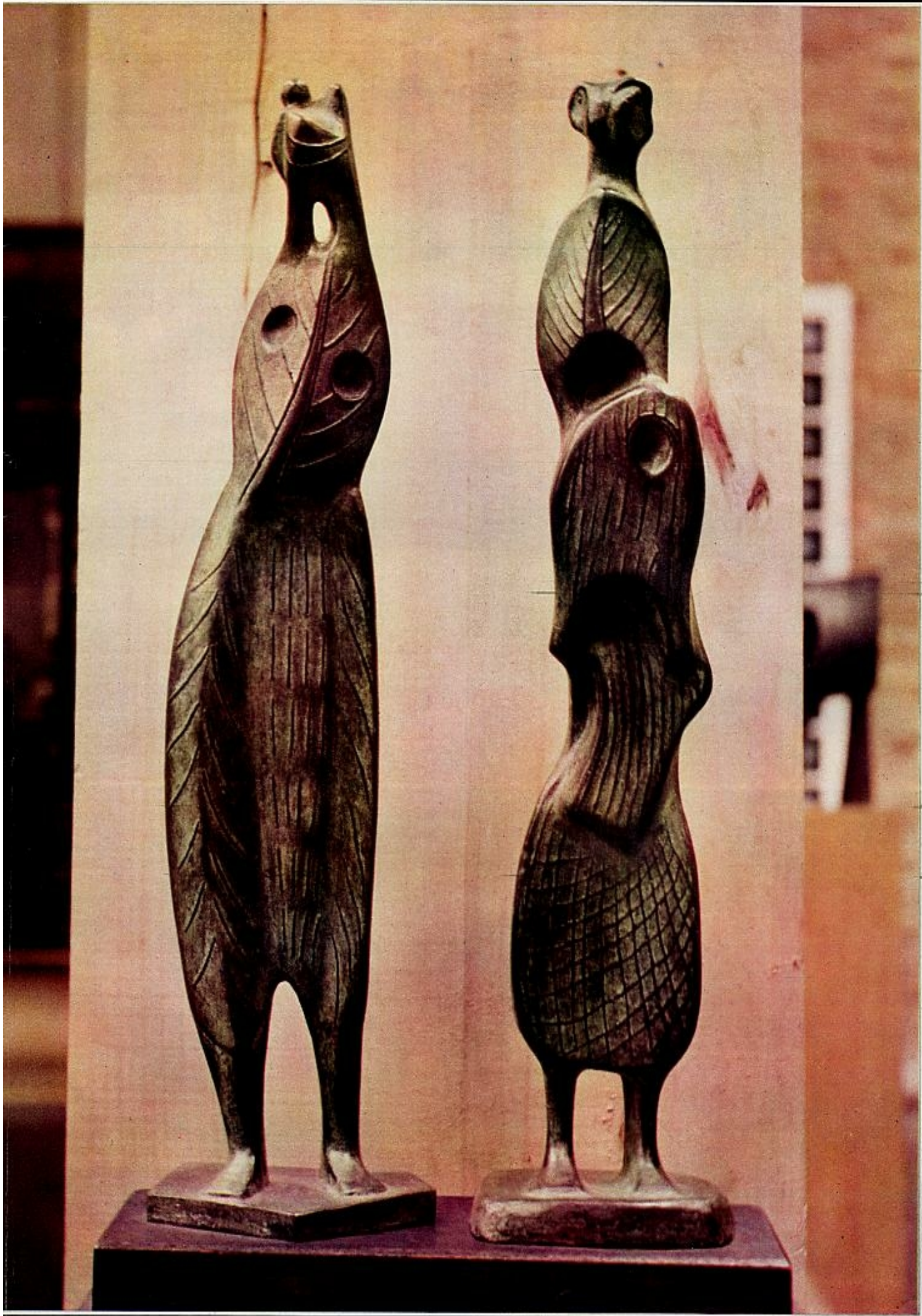


Por JOSÉ MARIA MORENO GALVAN

Henry Moore es, acaso, el artista más conocido —el más «reconocido»— de la vanguardia escultórica de nuestros días. Y eso, en una escala que desborda la de toda estimativa crítica especializada: Henry Moore es el escultor *típico* de nuestros últimos años. ¿Por qué? Acaso porque tipifica todas las más visibles

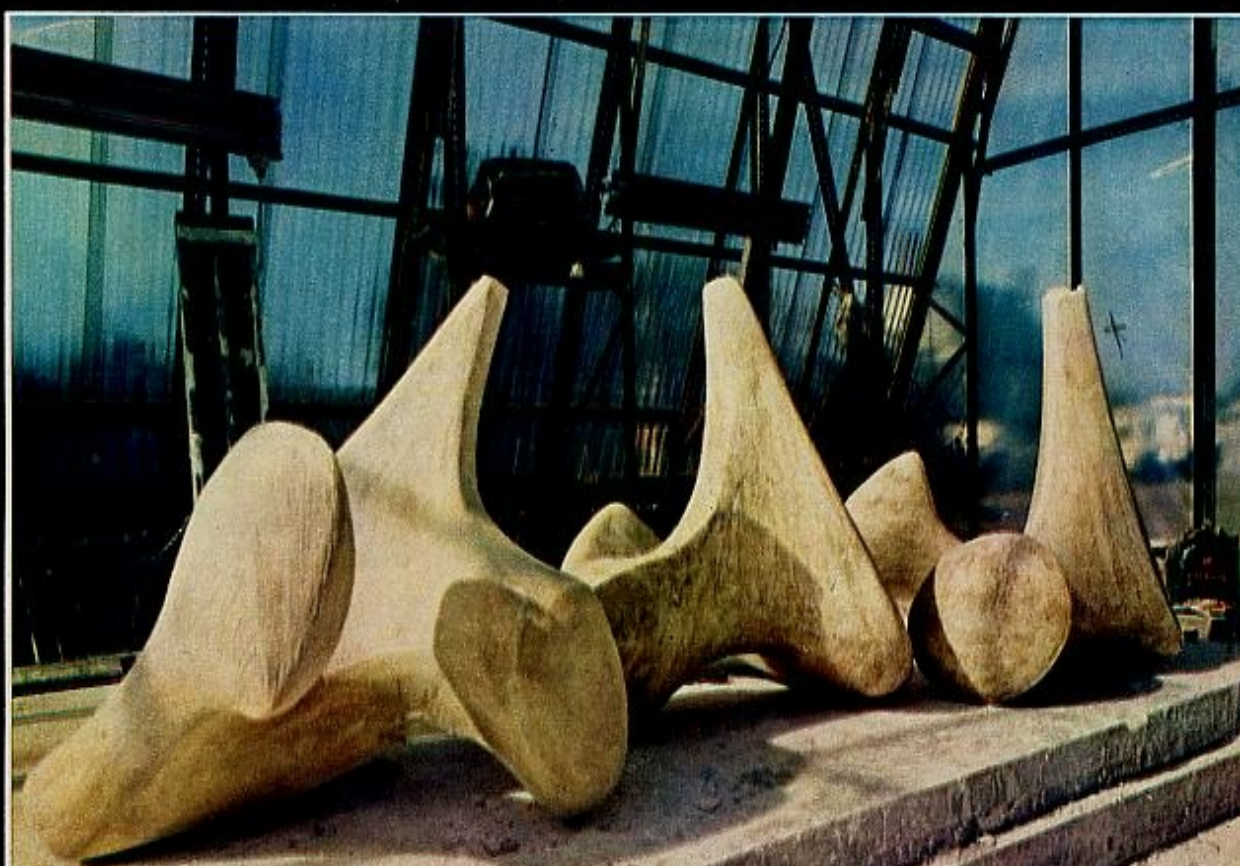
cualidades y características de la escultura en estos días que vivimos... acaso porque en su obra hay una unidad, una continuidad, que le permite ser siempre Moore incluso en sus más contradictorias figuraciones argumentales, lo cual provoca siempre en el espectador un *reconocimiento*, es decir, un recuerdo de haberlo visto antes en alguna parte.

Esa cualidad, la de la tipificación de la vanguardia, es extraña en un británico. ▶





En su taller-  
 laboratorio,  
 lejos  
 de la ciudad,  
 lejos  
 del poderío  
 omnívoro  
 de la  
 construcción,  
 cerca  
 de la naturaleza  
 y el paisaje,  
 cerca  
 de los dominios  
 de la Creación,  
 el escultor,  
 Henry Moore  
 ensaya,  
 experimenta,  
 crea.  
 Más que inventar,  
 está  
 descubriendo  
 nuevas formas  
 en los límites  
 de los tres  
 reinos:  
 el vegetal,  
 el mineral  
 y el animal...  
 es decir,  
 el reino  
 de los hombres...



# HENRY MOORE



Sabido es cuanta resistencia a conservarse dentro de las fórmulas de un pasado no excesivamente remoto se esconde en cualquiera de las manifestaciones vitales de la Gran Bretaña. Pero Henry Moore, precisamente, pertenece a esa generación que, al menos en arte, ha contribuido más en «poner al día» la sensibilidad de su país. Y eso es así hasta tal punto que, en escultura al menos, Gran Bretaña es hoy una de las potencias de la vanguardia de nuestros años.

Henry Moore nació en Castleford —en el Yorkshire, en 1898—, hijo de un minero de origen irlandés. Esa última circunstancia, el oficio de su padre, podría explicarle tal vez ciertas cualidades geológicas del macstro a quienes gustan encontrar motivaciones decisivas en el entorno y en la genealogía próxima. Aquí no se insistirá demasiado sobre esa particularidad, pues las motivaciones de toda disposición personal suelen ser más intrincadas. Pero si, Henry Moore pone en ejercicio, en toda su obra, un sentimiento tectónico de la escultura que, en última instancia, se relaciona de manera especial con una sensibilidad especial a la cual tenemos necesariamente que llamar «geológica».

En definitiva, Moore —y de ahí se desprende su más fuerte originalidad— es el entendimiento de la escultura como paisaje y, más aún, como naturaleza en estado primario, antes de ser captada por ningún espectador.

Con todo, en la obra de Moore aparece siempre —o casi siempre— el hombre. Lo cual le confiere un significado humanístico evidente.

Son muy característicos de la obra de Moore los personajes tendidos o extendidos sobre el suelo, en los que, cada contracción de una extremidad es lo que es más lo que insinúa: el accidente topográfico de una cordillera que, además, está animada y habitada por el genio del hombre. De esa manera, hay en la escultura de Moore algo así como una versión nueva y definitivamente plástica del pensamiento de Pascal respecto a la debilidad y a la fortaleza del hombre. El, en su versión, podría decir: el hombre es débil, puesto que es como la tierra y en la tierra volverá a fundirse algún día, pero está animado por la más poderosa de todas las fuerzas, por la del pensamiento.

Se podría pues establecer un ideario de Moore, extraído, ya que no de sus palabras, de su obra, pues por su obra lo conocemos. Se trata de un paralelismo de identidades en la distancia; en primer lugar, entre la vida humana y la vida vegetal, pues en esa obra, el hombre, sin dejar de ser hombre, es conocido también como un vegetal. Luego, entre la vida vegetal y la geológica, pues con toda evidencia, el apólogo de la reconversión en tierra y en piedra parece ser el punto final de todas sus afirmaciones. Ahora bien, Moore es un escultor. Quiero decir que es un hombre que elige formas entre todas las formas posibles. Vive y se produce, pues, entre el imperativo de la Creación y el instinto de la construcción, lo cual podría traducirse conceptualmente diciendo que vive presionado, de una parte, por el imperativo geológico y, de otra por el instinto arquitectónico del orden. Ahí, en esa última peculiaridad, radica su humanismo. Pues el hombre es ese ser que lucha permanentemente contra el escándalo de la naturaleza en desorden: ese ser que estigmatiza con la geometría —que es la arquitectura— a la geología, que es la tierra en su estado virginal.

Todo ello no es más que una hipótesis, claro. Pero a ella se ajusta ese constructor —ese escultor— de protuberancias y de oquedades, de interiores rupestres y de exteriores paisajes, que es Henry Moore. ■ J. M. M. G. Reportaje gráfico: FLASH-PRESS. Foto: JORGE RUEDA.